

concertar el odio de sus enemigos, aprovechóse de la division en que se hallaban, y sabedor de que los unos eran saduceos, y los otros fariseos; que los primeros no admitian la resurreccion y los segundos sí, exclamó para que todos le oyesen: "Yo soy fariseo é hijo de otro fariseo: aquí se trata de la esperanza en la otra vida y de la resurreccion de los muertos." Porque en efecto la resurreccion de Jesucristo que era el dogma fundamental de los cristianos, servia tambien en la doctrina del apóstol para justificar las esperanzas de la vida eterna. Este discurso produjo el efecto que San Pablo habia previsto. Los judíos gritaban entonces unos contra otros, y aun muchos fariseos tomaban ya la defensa del apóstol diciendo: "Nada encontramos culpable en este hombre. ¿Sabemos acaso si un ángel ó un espíritu le ha inspirado?" De tal modo se enfurecieron unos contra otros y llegó á ser tan peligrosa la commocion, que el tribuno, temiendo no despedazasen á San Pablo, mandó venir tropa, y que le sacasen de allí, devolviéndole á la ciudadela. A la siguiente noche se le apareció nuestro Señor Jesucristo, y le dijo: "Animate, porque despues de haberme dado testimonio en Jerusalem, tienes que dármele tambien en Roma."

La multitud, irritada cuanto mas crecian los obstáculos, se presentó al otro dia mas furiosa, sin escasear crímenes para llegar á su objeto, por enormes que fuesen. Desde la mañana, mas de cuarenta se obligaron con terribles juramentos á no comer ni beber sin haber antes asesinado á San Pablo, y buscaron á los príncipes de los sacerdotes y á los miembros del sanhedrin para noticiarles esta determinacion, añadiendo que no era menester mas que requerir al tribuno para que enviase á San Pablo al lugar del consejo con pretexto de examinar su causa, y ellos harian lo demas matando al preso, en medio de las mismas guardias, al paso. Aprobóse esta infame propuesta; pero un hijo de la hermana de San Pablo, que supo la resolucion, vino á declarársela al apóstol, quien pidió á un centurion que presentase al tribuno este jóven, porque tenia algo que decirle de bastante importancia. Enterado el tribuno por este medio de la conjuracion, hizo llamar á dos oficiales, y les mandó que destacasen una escolta de unos quinientos hombres con caballos para conducir á San Pablo, y que estuviesen prontos para salir á la tercera hora de la noche, á fin de llevarle al gobernador Félix, porque temia le matasen los judíos en el camino, ó que á él le acusaran de haberse dejado sobornar para abandonar á un ciudadano romano. Al mismo tiempo escribió al gobernador informándole que este preso era ciudadano romano, á quien acusaban los judíos de faltas concernientes á su ley; pero que él no le habia hallado culpable de crimen alguno que mereciese muerte ni prision; y sabiendo que se fraguaba una conjuracion para asesinarle, habia tenido por conveniente remitirle, y dar orden á sus acusadores de presentarse en Cesarea para articular los cargos. Ejecutáronse las

órdenes del tribuno, y el gobernador, en cuanto leyó el despacho, preguntó á San Pablo de qué provincia era, y luego añadió que se enteraria de su causa cuando llegasen sus contrarios: entre tanto le mandó guardar en el palacio de Herodes. Cinco días despues, el gran sacerdote Ananias vino á Cesarea con algunos senadores y un orador llamado Tertulo, que acusó á San Pablo de sedicioso, de profanador del templo y de gefe de la secta de los nazarenos (porque así llamaban á los cristianos); añadiendo que habia sembrado por todas partes la division entre los judíos, y que estos trataban de juzgarle segun su ley; pero que se lo habia estorbado el tribuno Lisias, obligándolos á comparecer al tribunal del gobernador. Los judíos apoyaron todo cuanto quiso decir; mas San Pablo no dejó de contestar con facilidad á estas acusaciones. Expuso sencillamente que hacia pocos dias que habia llegado á Jerusalem para adorar á Dios y distribuir unas limosnas; que nadie le vió disputar ni reunir al pueblo en el templo, en la sinagoga ni en la ciudad, y que ninguno de los artículos en que consistia la acusacion podian justificarse, á menos que aclarasen á crimen servir á Dios segun su conciencia, y creer en la resurreccion de los muertos conforme á las santas Escrituras. Añadió que le habian cogido en el templo en medio de sus ejercicios religiosos, ciertos judíos del Asia, que debian comparecer por sí, y llevar la acusacion, si tenian mas que alegar contra él. No queriendo Félix desairar á los judíos ni condenar á San Pablo, declaró que necesitaba ampliar los informes, y difirió la determinacion hasta que llegase Lisias; pero encargó al centurion que debía guardar al preso, le permitiese el mayor ensanche. Algunos dias despues hizo que le llamasen á presencia de su muger Drusila, que deseaba oírle. Era de religion judía y hermana de Agripa, á quien Neron hizo rey de una parte de la Galilea. Casada primero con Azis, rey de Etna, que consintió en que le circuncidasen, le abandonó despues para casarse con Félix, aunque pagano y de bajo nacimiento, porque habia sido esclavo, y logrado favor por su hermano Palas, liberto muy poderoso en tiempo de Claudio, y que aun conservaba el mayor crédito en la corte. Estando, pues, San Pablo en su presencia, le explicó la doctrina cristiana; pero como hablase de la justicia, de la castidad y del juicio final, Félix se perturbó y difirió para otra vez la conferencia, porque era cruel, avaro y lujurioso. Sin embargo, otras veces le mandó venir para oírle; pero nunca le quiso dejar en libertad, con la esperanza de que él ó sus discípulos le rescatasen por dinero. De esta manera le retuvo dos años, y allí le dejó con crueldad cuando marchó á Judea por conservar el afecto de los judíos: con todo, estos llevaron á Roma sus quejas contra él, y sólo por el crédito de su hermano Palas evitó el castigo que merecia por sus malversaciones.

Habiendo llegado á esta provincia el sucesor Porcio Festo, marchó tres dias despues desde Cesarea á Jerusalem, donde los gefes



de los sacrificadores y los principales judíos, le importunaron con sus acusaciones contra Pablo, obligándole con acaloradas súplicas y continuados gritos á que le sentenciasen á muerte. Pero como replicase el tribuno que los romanos no acostumbraban á condenar á un acusado sin crearle con sus acusadores y dejarle libertad en su defensa, pidieron por una gracia particular que le trajesen á Jerusalén, estando dispuestos á asesinarle en el camino por gentes perdidas que apostasen. Festo acaso sospechó este designio, y respondió que si tenían motivos de queja, podían venir con él á Cesarea, á donde iba desde allí. En efecto, marchó al cabo de ocho ó diez días, y desde el siguiente al de su arribo, hizo comparecer á San Pablo. Los judíos que vinieron de Jerusalén, le acusaban de muchos delitos, pero sin probar ninguno; de manera que Festo, después de oír su defensa, y observando que solo se trataba de disputas religiosas y sobre la resurrección de Jesucristo, conoció que no había motivo para condenarle á muerte. Con todo, por hacerse lugar con los judíos, preguntó á San Pablo si consentía en que le trasladasen á Jerusalén para que allí le juzgasen por las faltas de que le acusaban. Viendo el apóstol que no le quedaba otro arbitrio para escapar del furor de sus enemigos, respondió: "Yo estoy sujeto al tribunal del César, y en él tan solo debo ser juzgado: si he cometido algún delito contra los judíos, no resistiré el castigo; pero si no hay cosa alguna verdadera en sus acusaciones, nadie puede entregarme á ellos: apelo al César." Festo, tomando asesoría de sus consejeros, dijo á San Pablo: "Al César apela: os juzgarán á su presencia."

A poco tiempo el rey Agripa vino á Cesarea con su hermana Berenice para cumplimentar á Festo. Era este rey hijo de Herodes Agripa que había aprisionado á San Pedro. El emperador Claudio le concedió con título de rey algunas provincias desmembradas de la Judea; y después obtuvo de Nerón varias ciudades de Galilea y un distrito pequeño al otro lado del Jordán. Su hermana Berenice había estado casada con Herodes, rey de Calde, tío suyo, y viuda de él; se susurraba que tenía un comercio criminal con su hermano; su embargo segunda vez casó con Polemon, rey de Cilicia, con quien vivió muy poco tiempo. Esta misma se hizo después célebre por sus relaciones con el emperador Tito. Vinieron, pues, juntos ambos hermanos, y permanecieron una buena temporada: Festo les habló de San Pablo y del odio encarnizado que los judíos le tenían, hasta pedir contra él la pena de muerte, sin poderle justificar delito alguno considerable. El rey manifestó grandes deseos de verle y oírle, y Festo le prometió satisfacerlos al día siguiente. Dió una solemne audiencia en que se presentaron con mucho boato Agripa y Berenice con los tribunos y magnates de la ciudad: luego trajeron á San Pablo, y dijo el gobernador: "Ahí tenéis el preso, cuya muerte solicita el pueblo judío. Yo, no hallándole culpable de nin-

gun crimen que merezca aquella pena, y dispuesto á remitirle al emperador porque apeló á su tribunal, tengo una gran satisfacción en poderle presentar en esta asamblea, y principalmente delante de vos, rey Agripa, para que podáis examinar su causa, porque no sé qué escriba acerca de él, y sin embargo no es posible enviarle sin fijar el delito de que se le acusa." Agripa dijo á San Pablo que habíase en su defensa, y el apóstol se explicó así: "Feliz me consiento, rey Agripa, de tener que justificarme ante vos, porque conocéis perfectamente las costumbres de los judíos y las cuestiones que los dividen; por eso suplico que me escuchéis con paciencia." Expuso inmediatamente que criado desde su juventud, á ejemplo de sus ascendientes, en la secta de los fariseos, jamás dejó de creer en las divinas promesas y de esperar la resurrección de los muertos, como la mayor parte de los judíos la esperaban: que al principio fué un ardiente perseguidor de Jesucristo; pero que habiéndole Dios iluminado milagrosamente en el camino de Damasco, no pudo resistir á la luz celestial; y que desde entonces había anunciado á los judíos el Evangelio, y por orden de Dios á los gentiles. "He aquí la causa para que los judíos me prendiesen en el templo é hiciesen todos sus esfuerzos para quitarme la vida: mas por la gracia de Dios me he salvado de sus manos, y aun puedo dar testimonio de la verdad predicando lo que Moisés y los profetas pronosticaron; á saber, que Jesucristo debía morir y resucitar de entre los muertos, y que sería la antorcha de todas las naciones." A estas razones interrumpió Festo dando una gran voz: "Pablo, decís extravagancias; el estudio y la ciencia os han trastornado el juicio." San Pablo contestó: "No disparato, ilustre Festo: todo lo que digo está fundado en la sabiduría y la verdad. No lo ignora el rey que me está oyendo, por que no son cosas secretas ni desconocidas. ¿No creéis en los profetas, rey Agripa? bien sé que los creéis." Dijo Agripa: "Pronto quizaré vais á persuadirme que soy cristiano." Y San Pablo replicó: "¡Ojalá vos y todos los vuestros y cuantos me escuchan, fueseis hoy mismo lo que yo soy, exceptuando estas cadenas." Levantáronse el rey y el gobernador y todo el acompañamiento, y se retiraron para conversar á solas; y todos convinieron en que el preso estaba inocente, y Agripa le dijo á Festo que nada podía impedir que se le pudiese en libertad, á no haber apelado al César.

Como ya se había resuelto enviarle á Roma, le encargaron con otros presos á un oficial llamado Julio para su conducción, y le trató con la mayor benignidad. Acompañaban al apóstol San Lucas y Aristarco, macedonio, que le había seguido desde Corinto, y expuéstose antes al furor popular en Efeso, cuando la sedición de Demetrio. Embarcados en un baje que se dirigía á Adramite, ciudad de la Misia, en el Helesponto, costearon las tierras del Asia, y al segundo día llegaron á Siden, donde el oficial permitió á San Pablo que viese á sus amigos, y proveyese á sus necesidades. Desde allí



pasaron á la isla de Chipre, y atravesando el mar de Cilicia y de Panfilia, contrariados siempre por los vientos, llegaron á un puerto de la Licia, donde el oficial los colocó en un navío de Alejandria que se hacia á la vela para Italia. Lenta fué su navegacion porque el viento continuaba opuesto, y llegaron con gran trabajo, despues de costear la isla de Creta, á un puerto inmediato á la ciudad de Tarsusa, pero no pareció bastante seguro para pasar en él el invierno. Como estaban en el mes de Octubre (1) y la mar se embravecia; San Pablo aconsejó que parasen en el sin exponerse á una tempestad, que pondria en grande riesgo el bajel y todo lo que contenia. El piloto y el capitán fueron de parecer contrario, y así se determinó salir á la mar para llegar hasta el puerto de Fenice en la costa meridional de la isla por el lado del occidente. Un ligero viento que se movió por el S., hizo confiar que llegarían facilmente; pero volviéndose de pronto al N. E., y tomando un giro violento, no pudieron resistir los marineros ni gobernarse el barco, recogieron velas y se entregaron á la discrecion de las olas. Aumentaban estas su furor incesantemente, y al dia siguiente fué necesario arrojar al agua los géneros, y al tercer dia los aparejos del bajel. Tan furiosa llegó á ser la tempestad, que por espacio de muchos dias, y habiendo perdido todas las esperanzas, no querían comer los que en él se hallaban. Pero San Pablo, sabiendo á tiempo por revelacion que ninguno pereceria, les exhortaba á que se animasen y tuvieran valor, anunciando que aunque el barco se estrellaria, todos se salvarian en una isla. Hacia la mitad de la noche decimacuarta, vogando como siempre en el mar Adriático, conocieron los marineros por la sonda que se acercaban á tierra, y creyendo que el barco tocaria algun escollo, echaron cuatro áncoras del lado de popa para detenerle hasta el dia, y dispusieron botar la lancha al agua con pretexto de echar las áncoras de la proa; pero el fin era huir. San Pablo que conoció su intencion, dijo al centurion y á la escolta: "Si esos marineros se marchan, no os queda esperanza de salvarlos." Entonces los soldados cortaron las amarras de la lancha y la dejaron que se apartase. Al amanecer volvió San Pablo á exhortarlos á que tomasen algun alimento, y afirmando que ni un cabello de sus cabezas les faltaria; y poniéndose el mismo á comer despues de dar gracia á Dios, tomaron ánimo los demas y se pusieron todos á comer: en seguida arrojaron todo el trigo al mar para aliviar el bajel. En cuanto amaneció, descubrieron tierra; pero no reconociendo el país, trataron de dirigir el rumbo á un golfo que tenían próximo: como se dejaban llevar á voluntad del viento, dieron contra una lengua de tierra en que la proa encalló,

(1) San Lucas dice que el tiempo del ayuno habia pasado; y los mas hábiles intérpretes lo entienden por el ayuno solemne de la expiacion, que se hacia en el séptimo mes. Sin embargo creen otros que debe aplicarse á un dia de ayuno que observaban los judios en el décimo mes; pero no parece tan natural como la otra esta interpretacion.

mientras la popa saltó y fué arrebatada por las olas. Los soldados opinaban que convenia matar á los presos, temerosos de que se escapasen á nado; pero el centurion que deseaba salvar á San Pablo, impidió la ejecucion de un proyecto tan bárbaro; y mandó que saltasen al mar los primeros aquellos que supieran nadar: los demas se aprovecharon de los desechos del navío, y todos llegaron á tierra como el apóstol habia profetizado. Entre todos componian el número de doscientas setenta y seis personas.

La tierra á que arribaron era Malta, cuyos habitantes los recibieron con la mayor humanidad, y se apresuraron á encender lumbre para que pudiesen secar sus vestidos y calentar su cuerpo. Habiendo San Pablo cogido un puñado de sarmentos para echarlos al fuego, se tiró á su mano una víbora y quedó colgada de aquella. Los isleños que esperaban se le hinchase la mano y cayese muerto al instante, decian por lo bajo: "Este será algun asesino que la justicia divina castiga, ya que se salvó del naufragio;" pero San Pablo se contentó con sacudir la mano y la víbora cayó en la lumbre. Cuando vieron los malteses que no manifestaba haber recibido mal alguno, se imaginaron todo lo contrario, que era un Dios. Uno de ellos, llamado Publio, el singeto mas considerable de la isla, que tenia en las inmediaciones de la ciudad muchas posesiones, dispuso llevarse á los naufragos á su casa, y en tres dias ejerció con ellos todos los deberes de la hospitalidad mas generosa. No tardó mucho en ser bien recompensado: su padre estaba peligrosamente enfermo de una disenteria; hizo San Pablo oracion, y le curó. A vista de este milagro todos los enfermos, se dirigieron á él, y fueron curados. Valióle esto muchas horas, y cuando se embarcó con sus compañeros, los habitantes les proveyeron de todo lo necesario. A los tres meses de haber llegado salieron en un navío de Alejandria, que habia invernado en Malta, y fueron á abordar á Siracusa, donde permanecieron tres dias. Desde allí, costeano la Sicilia, fueron á Reggio, y habiéndose levantado el viento Sur, llegaron en dos dias á Puzol. Allí encontraron fieles que los detuvieron siete dias, y continuando luego su viaje por tierra, hallaron en el camino á los cristianos de Roma que venian á recibirlos, algunos hasta veinte leguas de esta capital, otros doce; lo que sirvió á San Pablo de mucho consuelo, y reanimó su valor extraordinariamente. Llegaron á Roma en la primavera del año 61, cerca de tres años despues de la prision de San Pablo en Jerusalem. El comandante de la escolta le entregó al prefecto del pretorio, Afranio Burro, y le concedieron que permaneciese con la custodia de un soldado, como era costumbre entre los romanos con las personas de distincion. Alojóse en una casa y permaneció dos años en ella y en calidad de preso. A los tres dias de su arribo citó á los jueces principales, y remidos en su casa les dijo que habiéndole puesto preso en Jerusalem, sin justificarse la culpa alguna contra la ley; los gobernadores romanos, despues de



examinar su causa y reconocida su inocencia, habian querido ponerle en libertad; pero no se atrevieron á ejecutarlo por miedo á la oposicion de sus enemigos, de forma que se vió precisado á interponer apelacion al tribunal del César, sin la menor intencion de acusar á los de su nacion. Añadió que el objeto de esta convocatoria era hacerles saber los trámites de este negocio y la causa verdadera de las persecuciones que sufría: "porque mi delito, añadió, es predicar la llegada del Mesias y las esperanzas de Israel; por eso me encendanan." Respondieron los judios que nada les habian dicho ni escrito para que apoyasen su conducta sus hermanos de Jerusalem; pero que gustarian mucho oírle explicar su doctrina, sabiendo que esta secta era combatida en todas partes. Tomaron dia de comun acuerdo, y vinieron á la reunion un gran número. Habló el apóstol desde la mañana hasta la noche, explicando detenidamente todo lo concerniente á Jesucristo, y haciendo ver en los misterios del Evangelio el cumplimiento de todo lo que Moises y los profetas tenian anunciado respecto del Mesias. Muchos de los presentes abrazaron la fé, convencidos con la autoridad irrecusable de las santas escrituras; otros por lo contrario, obstinándose mas en la incredulidad, fueron reprendidos por su dureza, y les declaró el apóstol que pues cerraban los ojos á la luz, segun la prediccion de Isaias, él marcharia á plantear la fé entre los gentiles y la gracia de la salvacion, hallándolos mas dispuestos que á ellos para recibirla. Con efecto no tardó mucho en congratularse al ver los progresos del Evangelio, contribuyendo á ellos su misma cautividad, porque le hacia célebre en toda la ciudad y aun en la corte del emperador. Concurrían á su casa una multitud de prosélitos, y en los dos años que permaneció en Roma, no cesó de ejercitar su celo, predicando la doctrina de Jesucristo con toda libertad y sin que nadie se lo impidiese.

En esta época concluye la historia de los *Actos de los apóstoles*, escrita por San Lucas, discípulo de San Pablo y compañero en sus viajes. Era originario de Antioquia y médico de profesion, y aun otros han dicho, pero sin citar testimonio alguno de la antigüedad, que era pintor, y habia hecho de su mano los retratos de Jesucristo, de la Santa Virgen y de los apóstoles. Se ha visto ya que habia seguido á San Pablo á Macedonia y á la Grecia, donde escribió su Evangelio. Despues le acompañó á Jerusalem y á Roma, y se cree que jamas se separó de su lado hasta el momento en que fué martirizado el apóstol; y veremos que efectivamente estaba aun en su compaña, cuando este, poco antes de morir, escribió su segunda epístola á Timoteo. Mas adelante predicó el Evangelio en diferentes parages de Italia, en la Dalmacia, y hasta en las Galias, segun San Epifanio. Guardó siempre el celibato y murió de edad de 84 años en Patras (*Acaya*): desde allí se llevaron sus reliquias á Constantinopla en el año 357, reinando Constancio.

Mientras estaba preso en Roma San Pablo, los cristianos de Filipos, en Macedonia, que en otras ocasiones le habian ya asistido, le enviaron socorros por medio de Epafrdito, á quien él llama apóstol, es decir, obispo de aquellos. Habia caido peligrosamente enfermo, y sabiéndose en Macedonia este accidente, se apresuró San Pablo á despedirle para que volviese entre los suyos, en cuanto estuvo curado, confiándole una epístola para los filipenses. Dirigiese á los fieles, obispos y diáconos, ya entienda por tales á los obispos de las ciudades inmediatas; sea que con este nombre distinguese á los presbíteros, como señala á los obispos con el de apóstol. Despues de anunciarles en ella el progreso que el cristianismo hacia en Roma, pues se ha visto que hasta el mismo palacio del emperador habia penetrado, les encarga esten dispuestos contra los falsos circuncisos y falsos apóstoles enemigos de la ley, que negaban la realidad de la Encarnacion y de la Redencion, pretendiendo que el Cristo no habia sido crucificado sino en la apariencia. Exhórtalos ademas á la humildad con el ejemplo de Jesucristo, obedeciendo hasta la muerte de cruz; los conjura para que vivan entre sí en perfecta union, y muy principalmente á las mugeres Erodia y Sintica, que se habian distinguido por la actividad de su celo, y niega á un discípulo, sin poner su nombre, pero sí le descubre su parió como compañero en sus tareas, á que le asista y fortalezca. Hablando despues de los que le han auxiliado en su ministerio, nombra á San Clemente que mereció por sus virtudes ser elevado á la silla apostólica; y pone en el principio de esta carta el nombre de Timoteo que entonces se hallaba en Roma. Les da esperanzas de enviarles á este amado discípulo, en cuanto vea que se halla mas desocupado, y añade que no seria extraño que él en persona los volviera á ver.

Poco mas ó menos por este tiempo, es decir, en el primer año de su cautiverio, se data la epístola de San Pablo á Filemon. Era éste un cristiano colosense, que habia sido instruido por San Pablo, y cuyo celo y piadosas liberalidades se ejercitaron con todos los fieles. Habia costado una iglesia en su misma casa que consagró á este uso, y á poco coronó su ardiente caridad recibiendo el martirio en la persecucion de Neron. Onésimo, su esclavo, habia huido, despues de robarle, y llegando á Roma, halló allí á San Pablo que le convirtió y retuvo á su lado. Despues le devolvió á su amo, con una carta que en su brevedad es el modelo de aquella caridad ingeniosa y tierna que la fé inspira. Conjura á Filemon para que perdone á su esclavo, que le trate como si fuera hermano, y se obliga por sí á pagar lo que Onésimo haya podido desfalcar. Produjo esta carta todos sus efectos: no solamente Onésimo fué perdonado, sino que su amo le dió libertad, y aprovechando aquel el talento é instruccion que tenia, superiores á su clase, fué elevado



después hasta el episcopado, y vertió su sangre por la fé (1) de Jesucristo. En esta carta San Pablo se da el título de viejo, lo que supone que tendría de edad á lo menos 60 años, y deja esperanzas á Filemon de volverle á ver pronto, pues le encarga que le prepare alojamiento.

Se cree que Onésimo en cuanto obtuvo su libertad, volvió á reunirse con San Pablo, que había manifestado deseos de tenerle en su servicio y compañía algun tiempo mas. Pero al año siguiente le envió á Colosa con Tíquico, otro discípulo suyo, encargándole una carta para los cristianos de aquella ciudad (otros autores opinan que se escribió la carta á los colosenses al mismo tiempo que la dirigida á Filemon). Habíanse convertido por el ministerio de Epáfras, que fué su primer obispo, y se hallaba en Roma entonces, donde le aprisionaron por defender la fé de Jesucristo, como se ve en la segunda de las cartas referidas. Mas se habían dejado alucinar por los falsos doctores que mezclaban las verdades del cristianismo con los sueños de la filosofía oriental y las supersticiones que á la sazón difundían los judíos, procurando seducir á los fieles y persuadirles que había sido criado el mundo por los ángeles ó unos espíritus, cuyo poder gobernaba al universo: de manera que el hombre que estaba como todas las demás cosas dependiente de aquellos, debía adorarlos, darles culto exterior, y valerse de su mediación, invocándolos con preferencia á Jesucristo. Con efecto parte de los judíos, así como la mayoría de los orientales, creían que el mundo, y particularmente los astros, estaban animados por espíritus celestes que producian todos los movimientos de la naturaleza. Estas eran con diferencia muy corta las ideas de Simon Magó, cuando mandaba ofrecer sacrificios á los ángeles, y las que adoptaron los gnósticos, entregándose á las prácticas de la mas extravagante magia. Para combatir estos errores San Pablo insiste fuertemente en su epístola sobre las excelencias de Jesucristo, declarando que la plenitud de la divinidad reside sustancialmente en él: que es el criador de las cosas visibles é invisibles: que es superior á todos los principados y potestades, y últimamente que es la cabeza de la Iglesia y el reconciliador del hombre con Dios. Después exhorta á los fieles á no dejarse sorprender con la doctrina que daba tanta importancia á la observancia de las costumbres mosaicas, y les señala en el tercer capítulo un compendio de las reglas y deberes de la ley cristiana. Salúdate de parte de Epáfras, cuyo celo alaba y manifiesta el afecto que éste le profesa á ellos y á las iglesias de Laodicea y de Hierápolis; lo que puede indicar que

(1) San Irenaeo en su carta á los de Elyseo, fecha en el año 107, elogio á su obispo Onésimo, y creece que habla de este mismo. Pero Tillamont se inclina á que fué nombrado para la mitra de Berca, como dicea las Constituciones apocórficas, y que padeció el martirio en el año 65 y reinando Domiciano.

había llevado á ellas la fé, porque estaban inmediatas á la suya. Agrega también las salutations ó memorias de Aristarco, que se hallaba preso en su compañía, de Márcos, primo de Bernabé, y de Jesus, llamado el justo, únicos judíos que le ayudaban en su ministerio; y luego concluía con las de San Lúcas y Demas, que después le abandonó. En cuanto á Timoteo, se halla su nombre al principio de la carta, como le puso en la dirigida á Filemon. Y después de suplicar á los colosenses que saludasen en su nombre á los fieles de Laodicea, y en particular á Ninfas, y á la iglesia que tenia en su habitación, añade San Pablo: "Cuando leáis esta carta entre vosotros, cuidad de que se lea también en la iglesia de Laodicea, y que á vosotros os envíen la suya." Esto debe entenderse probablemente de la carta que estos escribieron al apóstol, para consultar acerca de los errores que se procuraban introducir en su creencia.

La epístola á los de Elyseo, que también llevó Tíquico, y acaso de un mismo viage (1), parece que tenia el mismo objeto que la anterior. Preconiza igualmente el apóstol la grandeza de Jesucristo: insiste en su conocida superioridad á todos los principados, potestades, virtudes y dominaciones, en los efectos de la redención, en la justificación operada por la fé en Jesucristo, en la voluntaria vocación á los gentiles y la reunión de todos los cristianos en un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo: conducta que observó sin dudar para fortalecer anticipadamente á los fieles efesios contra los errores de Simon Magó y de otros sectarios, que principiaban á tomar el nombre de gnósticos. Y como estos hereges no ofendian menos á las buenas costumbres que á la fé, San Pablo explica con extensión las reglas de la moral cristiana y las obligaciones relativas á los diferentes estados de los fieles. Condena sobre todo la impureza, é insiste sobre los deberes mútuos de los esposos, en razon á que la infame doctrina de los gnósticos admitia la comunidad de las mugeres, y se entregaban á las mas detestables liviandades sin reserva alguna. Con este motivo enseña la santidad del matrimonio, dando por razon que es un sacramento, porque verdaderamente la union del hombre y la muger representa segun su primitiva institucion el amor de Jesucristo á su Iglesia, y se halla consagrada por la gracia del Espíritu Santo que debe santificar el amor de los esposos.

Ya iba á concluirse la residencia de San Pablo en Roma en el año 63, cuando escribió su epístola á los hebreos, ó sea á los cristianos de Jerusalem y de la Palestina, con el fin de afirmarlos contra las persecuciones, y mas aun contra los peligros de la seducción,

(1) Sin embargo, como el nombre de Timoteo no se encuentra en ella, pudiera ser una razon para creer que se escribió después; y Tillamont con otros la refiere efectivamente al tiempo del viage segundo que hizo San Pablo á Roma. Lo cierto es que la escribió San Pablo hallándose preso.



que debían temer de parte de los judíos no convertidos. En esta epístola, como en las dirigidas á los gálatas y á los romanos, se dedicó á probar la insuficiencia é inutilidad de las ceremonias de la ley de Moises, y particularmente la de los sacrificios, que ni podían justificarse por sí mismos, ni eran otra cosa que la figura de un sacrificio mas perfecto, de modo que á la consumacion de éste debieron cesar aquellos como que nada valen las copias ó imágenes á vista del original. Continúa estableciendo la dignidad de Jesucristo, la excelencia de su sacerdocio, y demostrando que este divino mediador es mucho mas elevado que los profetas, que Moises, que los mismos ángeles, como que es el Hijo de Dios; que es el verdadero y eterno Pontífice segun el órden de Melquisedech: que la ley antigua, fundada en el sacerdocio levítico, se hallaba naturalmente abolida por la nueva alianza, que se apoya en otra ley mas perfecta y grabada en el corazon de los fieles; que es tambien Jesucristo la única victima que haya podido realmente borrar el pecado; y finalmente, que su muerte es el voluntario sacrificio, figurado por todos los anteriores, y que una vez consumado, no vuelve á comenzar, porque ha sido suficiente para reconciliar al hombre con Dios. Justifica en seguida la necesidad de la fé, descubriendo la grandezza de esta virtud y sus efectos, y valiéndose del ejemplo de los santos, que fueron por ella exaltados en todos los siglos. Exhorta á los fieles á que pongan toda su confianza en la gracia de Jesucristo, sin dejarse alucinar con doctrinas extrañas. Parece que el apóstol se hallaba en libertad, pues les anuncia que pasará á verlos acompañado de Timoteo, siempre que éste no tardase en su regreso. Y despues de saludarlos á nombre de los cristianos de Italia, termina con estas palabras, que eran la señal y ordinaria suscripcion de todas sus cartas: "La gracia de Dios sea con vosotros." No pone su nombre al principio de ella, acaso en consideracion á la flaqueza de los judíos, porque muchos de ellos, aun entre los que habian abrazado la fé, conservaban preocupaciones perjudiciales al apóstol. La tradicion de la Iglesia asegura que fué su autor, aunque el estilo, algo diferente del de las otras, pudiera hacer creer, y á muchos antiguos ocurrió, que no la dictase San Pablo palabra por palabra, y que solo diese la materia de ella ó el órden de las ideas que habia de incluir, y encargase á San Lucas ó á otro discípulo el cuidado de redactarla; y que luego la habia suscrito de su mano habiéndola repasado y adoptado.

La historia no refiere lo que hizo San Pablo en Roma, con aquella menudencia que fuera de desear, en los dos años que se halló preso: ignórase cómo obtuvo su libertad, y lo mismo los sitios en que predicó al instante que pudo disponer de su persona. En su epístola á los romanos habia manifestado la intencion de pasar á España, y no faltan autores antiguos que aseguran que extendió en ella la fé. Pero como pasaron cinco años despues, y la Iglesia de

España no conserva ninguna tradicion auténtica de esta jornada, se debe creer que mudaria de resolucíon, ó al menos que permaneció poco en aquel reino, contentándose con enviar á diversos pueblos del Occidente, ya fuese entónces ó mas tarde, cierto número de operarios evangélicos formados á su modo; porque no se puede dudar que en las Galias se recibió la fé cristiana por ministerio de algunos discípulos suyos, como lo veremos adelante. Lo que hay de cierto con respecto á San Pablo es, que en sus cartas escritas desde Roma, siempre manifestó deseos y esperanzas de volver pronto al Oriente; y los pormenores de su segunda á Timoteo, juntos á las opiniones de diferentes Padres de la Iglesia, hacen ver claramente que en efecto regresó sin tardanza. Ya hacia algun tiempo que San Pedro estaba allí tambien, y habia vuelto á Jerusalem con algunos apóstoles para elegir y consagrar un obispo en la vacante de Santiago, á quien martirizaron en el año anterior; porque viendo los judíos que San Pablo se habia sustraído á sus proyectos de venganza, convirtieron su rabia contra Santiago, y esperaron el momento favorable para manifestarla. Pesto habia muerto, y no llegó muy pronto el sucesor, y aprovecharon este interregno, citando al apóstol ante el sanhedrin. El corifeo de esta persecucíon fué Anano, de la secta de los saduceos ó hijo de Anas ó Anano, de quien se habla en el Evangelio. Sin embargo, emplearon el disimulo y los rodeos porque el pueblo respetaba mucho á Santiago, como que admiraban generalmente su virtud, por lo que ellos le llamaban *el justo*. Juntaba á una pureza evangélica un fervor y austeridad incomparables: no bebía vino, ni licores que suelen embriagar: no comía mas que pan ó vegetales: no llevaba lana en su vestido, y rezaba sin cesar: casi siempre estaba prosternado tocando en el suelo con la frente. Así se le encontraba en el templo, siempre arrodillado y pidiendo á Dios perdon para todo el pueblo. No querian los principes de los sacerdotes cargar solos con el reato de su condenacion, por la odiosidad que les atraeria; y así trazaron que muriese en el desórden de una sedicíon, que tenian dispuesta por medio de sus partidarios, con la ocasion que ellos mismos proporcionaron. Estaban en las fiestas de la Pascua, y habia en Jerusalem una concurrencia inmensa de judíos, que habian llegado de diferentes parages, todos por supuesto enemigos declarados del cristianismo. En aquella coyuntura mandaron á Santiago que se presentase en el sanhedrin, y comparécido le preguntaron qué es lo que se debia creer de la doctrina de Jesucristo; añadiendo con afectacion respetuosa que ya veia que la multitud se extrañaba cuando creia que Jesucristo era el Mesías: por eso le indician á que los sacase del error, enseñándoles la verdad, como que todos le tenian por justo y desapasionado; de forma que el pueblo no titubearia en creerle, así como los jueces mismos estaban dispuestos á ello. "Subid á la galería de manera que el pueblo os vea y pueda oiros."



En cuanto subió, gritaron los escribas y fariseos: "¡O justo! ¿a quien todos debemos creer, decididos: ¿qué debemos creer de Jesús que ha sido crucificado?" Contestó el apóstol en alta voz: "¿Cómo me preguntais ahora de Jesús? ¿No tenéis bastantes conocimientos de su persona? Pues bien, sabed que Jesús está sentado en los cielos á la diestra del Todopoderoso, y que bajará desde allí un día en un trono de nubes para juzgar al universo." Despues de oír esta declaración, queriendo muchos manifestar su fé, se apresuraron á exclamar: "Gloria al Hijo de David;" y los príncipes de los sacerdotes, abandonando su hipócrita moderación, dijeron, apoyados por la multitud de sus parciales: "¿Qué! ¿el justo se extravía de este modo? Arrojadle de ese puesto;" y subiendo efectivamente una porción de ellos, le precipitaron: el apóstol no murió de resultas de la caída; y poniéndose de rodillas, oró por ellos, diciendo como Jesucristo: "Perdonadles, Señor, no saben lo que se hacen." Los judíos, viendo que aun vivía todavía, clamaron para que le apedreasen, y al momento empezaron á ejecutarlo: adelantóse un hombre de la casta de los recabitas, y reprendiéndoles esta crueldad, les dijo: "¿qué estais haciendo? ¿No oís que el justo está orando por vosotros?" Nada bastaba á contener su furor. Por último, descargándole grandes golpes con su mazo en la cabeza, le acabó de matar un batanero. En el mismo parage le enterraron, y los cristianos le hicieron un sepulcro que aun subsistia cuando la ruina del templo (1). Santiago sufrió el martirio en la primavera del año de 62, habiendo gobernado la Iglesia de Jerusalem veintinueve años. Sucedióle San Simeon, que era, como él, primo de Jesucristo; y con este motivo, junto á sus virtudes, le pusieron á la cabeza de esta Iglesia por voto unánime los apóstoles y discípulos que pudieron reunirse á la sazón.

Tenemos del apóstol Santiago una epístola dirigida á las tribus dispersas, ó sean los judíos convertidos y repartidos por todas las naciones: lo que dió motivo para llamar á la Iglesia católica ó universal, y no dirigida á ninguna en particular. Tiene esta carta por objeto principal manifestar la necesidad de las buenas obras, por que muchos las miraban como inútiles, fundándose en ciertas palabras de San Pablo mal entendidas. Por eso los herejes de los últimos tiempos que han renovado este error, pretendiendo que la

(1) Bernali-Bercastel dice, que una columna de él subsistia en tiempo de Eusebio en el cuarto siglo. Pero con un poco de atención hubiera podido ver que este historiador cita un pasage de Hegesipo, y no habla de lo que ocurría en su tiempo. Hemos querido no omitir esta observación, para que se vea la exactitud de la crítica de este autor. En el propio pasage reconoce, de acuerdo con todo el mundo, que ocurrió el martirio de Santiago en el intermedio que hubo entre la muerte de Festo y la llegada de Albino, que le sucedió en el gobierno; lo que no obsta para que asiente luego que Albino fué el sucesor de Félix. No hay necesidad de decir que Henrico copió todas estas inexactitudes.

fé sola nos salva sin atención á las obras, han procurado desechar esta epístola, aunque muchos posteriormente han tenido que admitirla, forzados por las pruebas que justifican su autenticidad; pues aunque se han suscitado dudas respecto á ella en los primeros siglos, no es menos cierto que desde entonces fué admitida y reconocida como de Santiago, y citada por los Santos Padres mas instruidos, y entre ellos por Orígenes; que estaba introducida en la mayor parte de las Iglesias, y desde el cuarto siglo habia adquirido una autoridad universal é incontestable. Santiago da á conocer tambien en esta epístola la institucion de la extremaunción, exhortando á los fieles que estaban enfermos, á que llamasen á los sacerdotes para obtener con la aplicacion del óleo y las oraciones con que se suministra, el alivio de la enfermedad y la remision de los pecados: todo lo cual la tradición ha entendido siempre de un sacramento instituido para los fieles. Tambien habia otra especie de unción que se aplicaba hasta á los infieles para curar las dolencias; pero era en clase de un medio extraordinario y milagroso, que no exigia la intervencion de los sacerdotes, y le empleaban los legos cuando tenian el don de milagros.

No se limitó la venganza del sumo sacerdote y sus partidarios al asesinato de Santiago; antes se extendió á otras muchas personas que fueron condenadas por el sanhedrín y apedreadas con el pretexto de haber violado la ley judaica; pero la verdad era por su adhesión al cristianismo. Con todo, los judíos mas prudentes, y aquellos á quienes no cegaba la pasión, se indignaron de estos atentados, y mas de la muerte de Santiago. Quejaronse á Agripa, que usando del poder que los emperadores le habian dado en lo relativo al templo, depuso con desdoro á Anás del pontificado que solo desempeñó tres meses. Otros se dirigieron al gobernador Albino, que venia ya por Alejandría, y le representaron que el sumo sacerdote se habia excedido atrogándose los derechos del gefe de la provincia, haciendo pronunciar y ejecutar sentencias de muerte sin su consentimiento. El gobernador escribió al Pontífice amenazándole si continuaba ejerciendo estas crueldades.

Despues de la eleccion de Simeon, San Pedro quedó algun tiempo todavía en el Oriente, recorriendo todos los lugares en que su presencia podia ser necesaria, ya para confundir á los herejes, que por todas partes procuraban corromper la fé y las costumbres de los fieles, ya para reprimir ó precaver los abusos, estableciendo ciertas reglas de disciplina en virtud de la autoridad que tenia sobre todas las Iglesias como vicario de Jesucristo. Luego, volviendo á Roma, pasó por Corinto, donde halló á San Pablo, y se cree que juntos marcharon á Italia (*Euseb. Hist. lib. II, cap. XXV*).

Como antes se ha visto, San Pablo habia salido de Roma en el año 63 para volver al Asia, y en este camino predicó en la isla de Creta, donde dejó á Tito, su discípulo, en calidad de obispo, para



que acabase de extender en ella el Evangelio, y estableciese párrocos y obispos en aquellas poblaciones. Pasó despues á la Judea, segun la oferta que hizo á los hebreos en su epístola, y en seguida visitó las diferentes iglesias del Asia menor, donde tuvo que sufrir bastantes persecuciones. Como en Efeso se hubiese detenido algun tiempo, dejó allí á San Timoteo como obispo, y salió para Macedonia. Entonces se llegó á Filipo, donde tambien se detuvo, y segun la comun opinion, desde allí escribió su primera epístola á Timoteo. Aunque tuvo esperanzas de volverle á ver muy pronto, como temiese algun impedimento, quiso entre tanto trazarle las reglas mas propias para que se gobernase en su ministerio. Principia su carta advirtiéndole que se oponga á los falsos doctores, que se divierten con fábulas pueriles en averiguar genealogías sin fin, y no saben mas que excitar vanas discusiones y disputas sobre palabras, sin enseñar á los demas ni comprender ellos mismos lo que dicen, señalando en este retrato á los gnósticos, cuyos delirios absurdos tenían por objeto establecer una serie de potestades celestiales engendradas las unas por las otras; mas sin poder fijar su número ni naturaleza. Nombra en particular á Himeneo y Alejandro: el primero sostenia que la resurrección se habia ya cumplido, porque era uno de los errores de los gnósticos negar la resurrección de los cuerpos, y no admitir mas que la espiritual que se efectúa en las almas: el segundo era sin duda aquel calderero de quien el apóstol se queja en su epístola segunda, y que se ocupaba sin cesar en contradecir todas sus doctrinas. Expone luego el apóstol todas las calidades que se requieren en los que deben ser escogidos para administrar el santo ministerio, y recomienda á su discípulo que no los ordene ni les imponga las manos sin estar seguro de que son dignos de ello. Entre las virtudes que el obispo debe tener, se han de notar la castidad, la templanza, la dulzura, el desinterés, la caridad, el celo, la prudencia y el amor al trabajo. Tambien es necesario que goce de buena reputacion entre los paganos; que no sea neófito, es decir, recién bautizado, y que no se haya casado mas que con una muger, y que sepa gobernar su casa. Porque era difícil en aquellos primeros tiempos, y cuando estaba en su nacimiento el cristianismo, hallar hombres que hubiesen guardado continencia hasta una edad avanzada, como se requeria para ser promovido á funciones que entonces principalmente exigian madurez y sabiduría, y rara vez lo eran antes de cincuenta años. San Pablo deseaba poco mas ó menos las mismas cualidades para los diaconos, añadiendo que los que hubiesen cumplido perfectamente este ministerio, ganaban un título meritorio para llegar á los mas elevados. Igualmente recomienda que no se reciba acusacion alguna contra un presbitero, si no se presentan dos ó tres testigos para apoyarla, y que se concedan grandes recompensas á los que se distinguan en el cumplimiento de sus deberes, y particularmente en el ministerio

de la predicacion. Despues de otras instrucciones sobre las obligaciones generales de los cristianos y sobre las particulares de los diferentes estados, San Pablo da á Timoteo algunos consejos personales, y termina conjurándole á que guarde fielmente el depósito de la verdadera doctrina, y que evite con cuidado las novedades de palabras, que llevan falsamente el nombre de doctrinas ó de ciencias, lo que debe, tambien aplicarse á los gnósticos, porque en el abuso ambicioso de esta palabra griega, que significa ciencia (*gnose*), fundan su secta extravagante.

Desde Macedonia tambien, y por aquel tiempo, escribió San Pablo su epístola á Tito, en la que le da, con corta diferencia, las mismas instrucciones que en la anterior, aunque mas abreviadas. En la isla de Creta habia razones particulares para elevar al sacerdocio á los cabezas de familia; porque las antiguas leyes obligaban á todos los ciudadanos á casarse en la juventud. San Pablo recomienda igualmente á su discípulo, que resista y se oponga á los falsos doctores, y que precava á los fieles, y el mismo esté prevenido contra las genealogías, las disputas y las fábulas judaicas: en fin, que evite el trato con los hereges, luego que les haya amonestado primera y segunda vez. Anuncia para concluir, que enviaria probablemente para reemplazarle, á Tíquico ó Artemas, y que despues se ponga en marcha para irle al encuentro en Nicópolis, donde se proponia pasar el invierno. "Enviadme desde luego, añado, á Zenas y Apolo, cuidando de proveerlos de todo lo que necesiten para su viaje." Este último es el discípulo que habia predicado el Evangelio en Corinto y adheriéndose despues á San Pablo: ya no se habla mas de él en la Escritura, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

Pasado el invierno, San Pablo volvió por última vez á Efeso, como lo prometió á Timoteo, y visitando las demas iglesias de las cercanías, fué tambien á Mileto, donde Trofimo, discípulo suyo, enfermó y fué necesario detenerse. Pasando por Troade, se alojó en casa de Carpo, que tambien lo era, y dejó en ella algunos efectos. Ultimamente, queriendo volver al Occidente, pasó á Corinto, y fué á la sazón que se halló en esta ciudad con San Pedro, y se reunieron para pasar á Roma en el año 65, cerca de dos despues de su salida. Bien sabian los dos apóstoles que iban á correr muchos peligros, y aun San Atanasio asegura como cosa constante, que el Espiritu Santo les habia revelado que iban á sufrir muy pronto el martirio: mas la certeza de una próxima muerte, lejos de hacerles mudar su resolucion, lo que hizo fué aumentar mas la actividad de su celo.

Desde el año anterior los cristianos de Roma habian sufrido una horrible persecucion, que luego se extendió á todo el imperio. Nerón, su autor, habia sucedido en el año 54 al emperador Claudio, de quien era yerno é hijo adoptivo. Debió aquel su elevacion á las intrigas de su madre Agripina, hija del célebre Germanico, que ha-



biendo casado con Claudio en segundas nupcias, le arrancó esta adopción, y aun la acusaron de haberle envenenado en cuanto la hizo, para que no se arrepintiese y tomara medidas á fin de asegurar los derechos de su hijo Británico. Llegando á obtener el cetro á los diez y siete años y en perjuicio del legítimo heredero, procuró Nerón á los principios ganar el afecto del pueblo aparentando una moderación y justificación que no tenia; pero pronto, arrastrado por las adulaciones de los cortesanos y la perversidad de sus propias inclinaciones, se abandonó sin reserva á toda clase de crímenes, y su reinado no ofreció en adelante mas que una cadena continua de crueldades, locuras y prostitución. Hizo matar á Británico, á su madre Agripina, á Séneca y á Burrho, sus maestros; á Octavia y Popea, sus mugeres, y á multitud de ciudadanos los mas distinguidos: todas las noches pasaba en lugares infames, ó iba corriendo por las calles disfrazado de esclavo, y acompañado de sus favoritos, tomando á juego el pelear, robar ó matar á los que hallaba en ellas. Apasionado á los espectáculos, entraba en ellos como actor, disputando los premios á los comediantes, y afectando que admirasen su voz, para cuyos aplausos tenia distribuidos soldados que provocasen á los espectadores á ello. Por último, fué su conducta tan extravagante é infame, que se atrevió á vestirse de muger para casarse públicamente con dos hombres. Bien se advertirá que semejante monstruo era merecedor de presentar el primer ejemplo de una persecución suscitada por las leyes imperiales contra los cristianos.

Al décimo año de su reinado, en 19 de Julio del año 64, prendióse fuego en Roma en las tiendas del circo, y se redujo á cenizas la mayor parte de aquella ciudad inmensa. De catorce cuarteles que la componian, no perdonaron las llamas mas que á cuatro: tres fueron enteramente destruidos, y en los otros siete no quedaron mas que algunas casas á medio quemar. Duró el incendio seis dias, y consumió, ademas de los mejores edificios, incalculables riquezas, perdiendo en sus estragos multitud de personas. No se dudó un momento que el mismo Nerón mandó prender fuego á la ciudad, ya para gozar el placer horroroso de un espectáculo tan extraordinario, ya por tener la gloria de reedificarla dándole su nombre. Sápase efectivamente que en lo mas fuerte de él subió Nerón á una elevada torre, desde donde lo veia todo, y que allí, en traje de teatro, habia cantado un poema de su composición sobre el incendio de Troya. Entre tanto, mandó que se socorriese á los habitantes, abriendo hospicios en que recogerlos, y edificando barracas para los que no tenían casa ni medios de adquirirla. Proveyó de muebles que trajeron de las poblaciones inmediatas, y distribuyó granos á precios muy cómodos. Pero viendo que todo esto no bastaba para destruir las sospechas, y que cesasen los rumores que corrian en su descrédito, quiso presentar á la indignación pública un objeto, y para colmo de su crimen, que recayese lo odioso de él y la

pena sobre los cristianos. Prendieron á una porcion de ellos, que confesaron la religion que seguian, y los mataron con prontitud y en medio de horribles suplicios: á unos los cubrian con pieles de fieras para que los perros les desgarrasen las carnes; á otros los fijaban en cruces ó vigas para sostenerlos de pié, y les ponian vestidos empapados en pez, y á otros combustibles, para quemarlos vivos, y que sus cuerpos sirvieran de antorchas por la noche. Nerón dió en su jardin un espectáculo nocturno, y para sus juegos, en que él gobernaba su carro, sirvieron de iluminacion estos cirios vivientes. Aunque el pueblo aborrecia á los cristianos, como sabia que eran calumniados en el crimen del incendio, no podia menos de compadecerlos, viendo que así los sacrificaban á la crueldad de un solo hombre.

La persecución se suspendió momentáneamente, ó al menos aminoró; pero pronto volvió á renacer cuando llegaron á Roma los santos apóstoles Pedro y Pablo. Su predicacion, acompañada de numerosos milagros, produjo en poco tiempo multitud de conversiones. No pudo ver con tranquilidad Nerón los progresos de una religion que condenaba su crueldad y sus infamias, dando el ejemplo de las mas puras virtudes; y con este motivo expidió sus órdenes prohibiendo que abrazasen sus súbditos la religion cristiana, y mandando que se castigase á los que habiéndola admitido no renunciasen su profesion. Asegúrase que San Pablo habia logrado convertir á una de las concubinas de Nerón; y con esta ocasion le obligaron á comparecer por primera vez ante el tirano, abandonándole todos, como se lamenta en la segunda epístola á Timoteo: este pasage debió entenderse respecto de aquellas personas que hubieran tenido crédito ó influjo para serle útiles, y no de San Lucas, ni mucho menos de San Pedro mismo. Sin embargo, la Providencia le sacó de este peligro, y aun él conservó bastante libertad para concluir la obra de su predicacion á los gentiles, que llegaban á Roma de todas las provincias en muy crecido número.

La victoria que lograron sobre Simon Maglo los dos santos apóstoles, fué una de las principales causas de su muerte. Este impostor, que hacia tiempo habia llegado á Roma, gozaba entonces de una gran reputacion, y le admiraban todos por sus prestigios. Pretenden algunos que fué honrado como dios, y que le erigieron una estatua con esta inscripcion: "A Simon, dios santo (1)." Sin duda

(1) Muchos críticos, especialmente protestantes, han desmentido esta circunstancia contada por San Justino en su grande apologia, por San Ireneo y otros autores antiguos. Pero Tillemont creemos que ha respondido sólidamente á todas sus objeciones. No se puede admitir en efecto que en un escrito dirigido al senado y á los emperadores, se haya equivocado San Justino sobre un hecho tan fácil de comprobar, ni que este error nadie le haya enmendado; antes se encuentre copiado y reproducido por todos los que han escrito despues de él.



debió estos honores y nombradía á Neron, loco apasionado de la magia, que nada perdonaba para aprenderla. Este príncipe acogia con entusiasmo todas las proposiciones mas extravagantes, persuadido de que por medio de aquella ciencia nada era imposible para él, y en Dion Crisóstomo se lee que mucho tiempo mantuvo en su palacio á un hombre que habia prometido volar elevándose en el aire (*Dia. Chrysost. orat. XXI*). Refiere Suetonio que tambien otro hombre intentó lo mismo para imitar en un festin la huida de Icaro; pero que al primer esfuerzo cayó, y la sangre que produjo el golpe saltó hasta la tienda de Neron. Simon quiso imitarle, y prometió mas, no solamente elevarse en el aire, sino subir á los cielos en un carro de fuego, como para imitar la Ascension del Señor. Los dos apóstoles, sabedores de esta atrevida impiedad, y conociendo lo importante que era el confundirla públicamente, exhortaron á los fieles á que pidiesen á Dios con fervorosas oraciones el triunfo de su causa, y presentándose en el lugar y dia señalados, se arrojaron, invocaron el nombre de Jesucristo, y lograron encadenar el poder del demonio. No desistió Simon de su propósito; pero apenas intentó alzarse un poco del suelo, cuando cayó y se rompió las piernas: leváronle á una casa inmediata, y se arrojó por una ventana para no sobrevivir á su deshonra.

Este suceso avivó el odio de Neron, y mandó que pudiesen en la cárcel á los dos apóstoles: con todo, dilató su sentencia cerca de un año. Entonces escribió San Pedro su epístola segunda, dirigida particularmente á los fieles circuncisos, como la primera, á fin de confirmarlos en la fé y doctrina de Jesucristo, y preservarlos de las heregias, que empezaban ya á extenderse con una apariencia falsa de ciencia, y que muy luego debian mostrarse con audacia en cuanto no tuviesen sus autores que temer la presencia y autoridad de los apóstoles. Exhórtalos á la firmeza en la fé que les habia enseñado, no sobre vanas relaciones, ó sistemas mas ó menos especiosos, sino por la autoridad de Jesucristo, cuya gloria vió el apóstol en el Tabor, y oyó el testimonio que Dios daba á su hijo de un modo magestuoso. Recomendándoles el que no olviden el testimonio y doctrina de los profetas, de los apóstoles y especialmente la de San Pablo, cuyas epístolas alaba; sin dejar de conocer que encierran cosas difíciles de entender, y por eso abusan de ellas los ignorantes, como de las demas escrituras. Finalmente designa y combate con energicas expresiones á los sectarios que intentaban mezclarse con ellos para seducirlos con pretexto de libertad entregándose á sus impuros deseos; y semejantes á los irracionales, sin seguir mas que los movimientos de la carne, pasan su vida en los placeres sensuales, y no conocen otra felicidad que la sensualidad. "Sé, dice en ella, que debo muy pronto, como Jesucristo me lo ha dado á entender, dejar el cuerpo donde estoy encerrado; pero he querido que despues de mi muerte no perdiésem la memoria de las verdades que os ten-

go enseñadas. Esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas me he propuesto avivar en vuestras almas la memoria de la fé y los preceptos del Señor." Han querido dudar algunos escritores, en los primeros tiempos, que fuese esta carta de San Pedro, porque les pareció que no se parecia su estilo al de la primera; pero esta diferencia, si la hay, puede explicarse fácilmente por la diversidad de intérpretes que ocupaba San Pedro en redactarlas.

Tambien á este tiempo señalan en general la segunda epístola de San Pablo á Timoteo, es decir, al de su última prision. En ella anuncia su próxima muerte de un modo tan positivo, que no hay lugar á dudas en cuanto á que estaba próximo al martirio. Habla muchas veces de sus cadenas, lo que comprueba su actual prision; recordando las tribulaciones que sufre por el nombre de Jesucristo; exhorta á su discípulo á mantenerse firme, á pesar de las persecuciones de los enemigos de la fé, advirtiéndole sobre todo, que evite las cuestiones impertinentes y vanas disputas, que de nada sirven mas que de perder á los que las escuchan. Cita entre los falsos doctores á Himeneo, como le designó en su primera carta, y á Fileto que como el anterior habia caido en los errores de los gnósticos. Encarga á Timoteo que conserve religiosamente el depósito de la sana doctrina, y despues añade: "Todo lo que has aprendido de mí delante de muchos testigos, ten cuidado de confiarlo á personas fieles, que sean capaces de enseñarlo á otras;" manifestando con estas palabras la autoridad de la tradicion, como un medio necesario é infalible para transmitir á la posteridad la verdadera doctrina, con una perpetua enseñanza, y la sucesion de los pastores hasta el fin de los siglos. Al concluir esta carta, convida á Timoteo á que venga á verle antes que llegue el invierno, y le encarga que traiga la capa y los libros que se dejó en casa de Carpo, principalmente los pergaminos, que sin duda serian las Santas Escrituras. Aquí se ve la voluntaria pobreza de San Pablo, que prefirió el reclamar una capa que dejó en el Asia, á servir de carga á los fieles, cuyo celo se hubiera apresurado á proveerle de todo lo necesario: pues en la misma carta se observa que un cristiano de Efeso, llamado Onesiforo, que se hallaba en Roma, le habia buscado mucho tiempo para socorrerle. El apóstol refiere por menor su estado presente y habla de los demas discípulos. Demas le habia abandonado, dejándose arrastrar del amor al mundo, y se habia marchado á Tesalónica. Crescente estaba en Galacia; lo que muchos Santos Padres entienden por Galias, porque en griego se le da el mismo nombre: y en efecto se cuenta por primer obispo de Vienna á San Crescente, que creen sea el discípulo de San Pablo. Tito por su parte fué á predicar la fé á Dalmacia, enviado por el mismo apóstol, así como Crescente. Despues volvió á Creta, donde cuentan que murió de edad muy avanzada, despues de haber introducido tambien el Evangelio en las vecinas islas. Erasto quedó en



Corinto, donde fué antes tesoro de la ciudad, como se vió en la epístola á los romanos. Trofimo, que se detuvo en Mileto por haber enfermado, probablemente volvió á reunirse con San Pablo; porque una antigua tradicion, que parece muy fundada, trasmittió que fué enviado á las Galias, en donde edificó la célebre iglesia de Arlés, y con igual verosimilitud se atribuye la fundacion de la iglesia de Narbona á Sergio Paulo, el prócónsul que el apóstol convirtió en la isla de Chipre. A Tíquico le enviaron á Efeso, acaso para reemplazar á Timoteo durante su ausencia, y los mas creen que fué entonces cuando San Pablo dirigió por su medio la epístola á los efesios. Solo San Lúcas quedó con el apóstol, y por eso le encargó á Timoteo que trajera consigo á Marcos. Despues de saludar á Priscila y Aquila y á la familia de Onesiforo, termina con los recuerdos de todos los cristianos de Roma, entre los que nombra á Eubulo, Prudente, Lino y Claudia; Lino es el que sucedió á San Pedro en la silla apostólica. Esta carta á Timoteo fué la última que San Pablo escribió. Y aquel discípulo, habiendo venido á Roma á reunirse con San Pablo, volvió á Efeso, donde acabó su vida con el martirio de ser apedreado y rematado á golpes de maza por los paganos en el año de 97, cuando trataba de hacerles abolir un sacrificio que ofrecian á Diana. En el año de 356 fueron trasladadas á Constantinopla sus reliquias.

En la prision de Mamertino estuvieron presos nueve meses San Pedro y San Pablo: era soterránea y se extendia hasta el pié del Capitolio, y en ella convirtieron y bautizaron á dos guardas denominados Proceso y Martiniano y á otras cuarenta y siete personas, que se hallaban tambien presas. De órden de Nerón todos los convertidos fueron martirizados inmediatamente. Dicease que los fieles llegaron á tener medios de libertar á los santos apóstoles, y que cediendo San Pedro por humildad á sus repetidas instancias, se escapó efectivamente y salió de Roma en cierta noche. Pero San Ambrosio refiere que esta fuga ocurrió despues de la caida de Simon Mago y antes que San Pedro fuese preso; y esto es mas verosímil, porque no es fácil creer que San Pablo fuese preso antes que él, supuesto que no lo expresa en la carta que escribió á Timoteo. De cualquier modo, habiendo llegado San Pedro á la puerta de Roma, se le apareció Jesucristo, como si fuera á entrar en la ciudad; y el apóstol le preguntó á dónde iba: respondió Jesucristo: "Voy á Roma para ser nuevamente crucificado." Comprendió San Pedro el sentido de estas palabras, se volvió atras, y fué al momento preso.

Los dos apóstoles fueron condenados juntos, y martirizados en el mismo día 29 de Junio, y segun la mas probable opinion, en el año 67 de Jesucristo, decimotercero del reinado de Nerón. Su sentencia fué pronunciada por los gobernadores de Roma; pero en cumplimiento de la órden del emperador, que habia salido para Acaya. A San Pablo, en calidad de ciudadano romano, le cortaron

la cabeza. Refiérese que marchando al suplicio, convirtió á tres soldados, y á poco tiempo fueron martirizados. Le cortaron la cabeza á tres millas de Roma, en un sitio que se llama Aguas salvas, donde hoy se ven tres fuentes que brotaron milagrosamente en aquella ocasion. Una señora romana le hizo entrar en una posesion que le pertenecia en el camino de Ostia, y sin duda le erigió el monumento de que se hace mencion desde últimos del siglo II [*Cajus apud Euseb. lib. II, cap. XXV*]. En el mismo sitio se edificó despues una magnífica iglesia. San Pedro fué crucificado en el barrio que habitaban los judíos en lo alto del monte Janiculo. Pidió que le clavasen con la cabeza hácia abajo, por no juzgarse digno de ser tratado como su divino maestro. Sepultaron su cuerpo en el Vaticano en la via triunfal, y desde el fin del siglo II se manifestaba allí el monumento que los fieles tuvieron cuidado de erigir, segun el citado autor. La muger de San Pedro habia sufrido antes el martirio, y viéndola llevar al suplicio, la habia animado el apóstol, y exhortádola á que se consolara y acordase del Señor, y aun que se alegrara al ver tan inmediato el momento en que iba á volver á su verdadera patria. Antes de su apostolado habia tenido una hija llamada Petronila, que vivió virgen y murió en Roma santamente. La persecucion martirizó muchos fieles en la capital y en las provincias, y se juzga que no acabó hasta el año despues de la muerte de Nerón. En los martirologios se encuentran indicados algunos de los que sufrieron en aquella; pero apenas se sabe mas que los nombres.

Los fieles procuraron sacar retratos de los apóstoles, y en tiempo del historiador Eusebio, es decir, mas de doscientos y cincuenta años despues, se conservaban las imágenes de San Pedro y San Pablo, y la de Jesucristo. Estas sirvieron de modelo para las que se han hecho posteriormente, y se ha creído que, como lo dejamos citado, San Lúcas fué su autor, aunque ni Eusebio ni otros antiguos hicieron mérito de esta circunstancia.

Poco antes de su martirio habian los dos apóstoles anunciado á los cristianos la próxima ejecucion de las amenazas de Dios, que con mucha anticipacion proclamó contra su pueblo infiel. Instruidos por revelacion del mismo Jesucristo, habian profetizado que los judíos iban á ser entregados á sus enemigos: que Dios les destinaba un señor, que inmediatamente los sujetaria con armas, que arruinaría enteramente á Jerusalem, y los reduciría á un hambre tan cruel, que se comerian los unos á los otros: que los que sobrevivieran, irian como cautivos, vendidos y tratados como bestias de carga: que verian violar á sus mugeres é hijas, estrellar á sus hijos, arrasar su pais á sangre y fuego; y que por último, la nacion quedaria desterrada para siempre de su antiguo suelo. Quedaron escritas estas predicciones, y no tardaron en recibirlas el mas terrible cumplimiento.